



→ chizo y los convierte en novias vestidas de blanco, llenas de dulzura, que cantan y ríen nerviosas y alegres con la voz de los pajarillos. En el monte se ven carrascas y alguna encina y, en los campos de labor, casi todos dedicados al cereal, viejos nogales de imponente estampa, muy copudos, que daban sombra en verano a los segadores. Algunos chopos cantarines junto al riachuelo que mueve la muela del molino completan un paisaje que ha variado poco durante los últimos siglos. Si añadiéramos viñedos (muy abundantes en la Antigüedad y ahora casi inexistentes por la plaga de filoxera) y olmos (también enfermaron y murieron; yo los conocí con sus troncos cubiertos de enredaderas, como en los poemas latinos), esta vista de trigales, páramos y fércas campiñas sería muy parecida a la que conocieron los romanos y vio el propio Augusto cuando se acercó a Hispania a luchar con-

### De niño, me parecía milagroso que aquellos árboles viejos fueran capaces de renacer en primavera

tra los cántabros y estableció en Sasamón su campamento. Al igual que entonces, la Peña Amaya es la reina simbólica de este paisaje tan humilde y tan castellano que se repite en todos los pueblos de la zona.

Como mi pueblo está encajado en el valle, la Peña Amaya sólo es

visible desde lo alto del páramo, a lo lejos, pero aún así percibimos continuamente su rotunda presencia. Su nombre se pronuncia con respeto y aparece citado en todas las historias remotas (y a menudo disparatadas y sangrientas) que empiezan con un «Cuando los romanos...», «Cuando los moros...», «Cuando los franceses...», «Cuando Elicio se echó al monte...» (el recuerdo de este tal Elicio es más terrible que el de todos los romanos, moros y franceses juntos, y hace que mi madre, cuando se le menciona, corra a comprobar que todos los cuartillos están cerrados y la llave echada con doble vuelta, pese a que ha pasado ya más de medio siglo desde que este hombre se suicidó en la Peña, tras semanas de haber andado fugitivo por haber matado al herrero, al veterinario y a un labrador de su pueblo). En la Peña Amaya abundan las anécdotas fabulosas: es la montaña mágica de la zona, el lugar donde cual-

### Esta vista de trigales, páramos y fércas campiñas sería muy parecida a la que vio el propio Augusto

quier sueño –o pesadilla– es posible, donde se siente vivo el misterio. Su propio perfil evoca a un gran ser mitológico, a un imponente reptil de piedra. La Peña siempre aparece protegida por las águilas y los buitres que la circundan con sus vuelos lentos, obsesivos, como si velaran la

tumba de un héroe antiguo o expresaran augurios que, ay, ya no sabemos leer. Esta poderosa altiplanicie carece casi por completo de vegetación arbórea. Se ven brezales, muchos cardos –azulados como joyas orientales, con cabezas en forma de cúpulas bulbosas–, gayubas, algún manantial canalizado torpemente –el agua se derrama por todas partes– para llenar un pilón, un suelo a veces pétreo y otras alfombrado, musgoso, lleno de bostas, donde abundan también las mariposas y los saltamontes (a veces, caminando, parece que el suelo tiembla, pero no es más que una ilusión óptica provocada por estos insectos, que saltan por docenas a nuestro paso). De vez en cuando, una verja de alambre oxidado, llena de púas, corta la trocha, pero es fácil saltarla y seguir caminando por estas laderas donde se amontonan los pedruscos. En los senderos de la Peña y en los páramos, si uno →